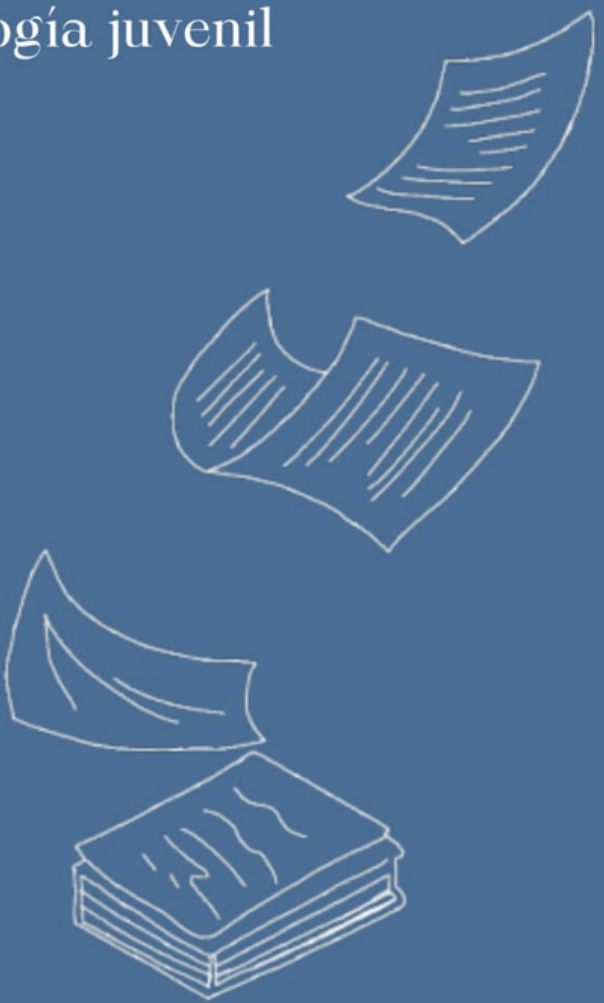
DE NOSOTROS PARA USTEDES

Antología juvenil



Jóvenes Escritores Presentes

ANTOLOGÍA JUVENIL
De nosotros para ustedes

Antología juvenil : de nosotros para ustedes / Clara Barrera ... [et al.].
- 1a ed. -
Escobar : Maria Cristina Sanchez, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-00-9371-0

1. Antología de Poesía. I. Barrera, Clara
CDD A861

Diseño de portada: jóvenes escritores presentes
© derechos reservados.

www.nomelimitoediciones.com

nomelimitoediciones@gmail.com

+54 9 3484-302177/+54 9 11-36103114

Ser joven es un sentimiento.
Una semilla que se planta en el pecho y crece en las extremidades,
como una enredadera que une el cuerpo al alma.
Jóvenes Escritores Presente te regala esta antología, lector.
Es hora de replantar semillas que no crecieron.

PARTE I
POESÍA

Demasiado poco, de Jóvenes Escritores Presentes

Demasiado tiempo,
para mí que pocos años cargo
soportando el peso del pasado.

Demasiado mundo,
¿pero qué rumbo tengo en él?
¿Será que lo tengo que romper?

Demasiadas cosas,
pero lo único que me consume
son las que no tengo.
86
Demasiadas personas,
para sólo ser pasajero
de este lento tren
pesado en su andén.

Demasiado para mí
que vivo sin contar el tiempo,
que soy del tamaño del mundo,
y que me despojo de las cosas,
viviendo con personas.

Demasiado para todos
Y muy poco espacio,
libre,
visible,
sensible,
en el que estar.

quince, de Bautista Funes

es mi cumpleaños
y nunca la pasé tan mal
como en estos momentos
siento que mi vida está en un completo declive
en dirección a un pozo sin fondo
quince vueltas al sol son suficientes
para darme cuenta
de lo insuficiente que soy
para satisfacer a los demás
quince años fueron suficientes
para entender
que a cualquier lugar al que vaya
no pertenezco

Joven, tu voz es fuerza, de Tanía Gómez

En realidad,
solo somos humanos, conviviendo,
controlando a nuestros demonios.

Nadie es completamente estable.

Hasta en la misma locura
hay un poco de cordura,
porque no todo lo desconocido
tiene que ser demencia
y no todo lo conocido
siempre es la prudencia.

Los ancianos no siempre son sabios
y los jóvenes no necesitan un megáfono.
Sus voces y corazones se silencian por sus mandatarios,
pero lo enorme no se esconde bajo un manto.

Por eso, joven:
Que tu voz nunca decaiga,
tu sentir tiene que ser libre alguna vez.

¡Deja de reprimirte!

Pertenencia, de Ludmila Contreras Pizarro

No eras para ellos
Pequeño ser del bosque.
Las expectativas ahogan
arrastran, encarcelan.

¿Pertenecías al viento?
¿Pertenecías al grupo?
¿al sueño de otro?
¿Cuál era el significado de todo eso?

Algo grande, seguro
Pero no tuyo.

Inspiraban en ti
la poesía, el teatro
la literatura, el arte
el significado del ser.

¿Por qué entonces los otros querían encerrarte?
Arrebatarte de tu sueño
Amortajar tu existencia.

¿Qué tan importante era ser parte de eso?
De los otros.
Sociedad tan ajena
Indolente, gélida, escasa.

Nunca lo sabrías, no valía la pena
Había algo mejor que un sinsentido como ese

Te fuiste
Te escapaste
Resististe.

Yacerás en sus corazones mientras corres libre
bajo el manto de la noche, en los bosques nevados

Allí perteneces
Pequeño ser del bosque
Donde todos te recordaran por lo que fuiste
Por el significado de tu existencia
Dentro de sus corazones.

El eco de lo no dicho, de Brisa Alejandro

El silencio entre nosotras
es como una brisa tranquila que mece suavemente,
tejiendo una manta de falsa paz
que me arropa con calidez y seguridad.

Mi voz se alza cómplice
con una sonrisa dibujada en mi rostro,
trazando una línea en un viejo lienzo
que se deteriora con el pasar del tiempo.

Mis palabras se evaporan en tus oídos
como gotas de agua en un día de verano,
sin dejar ninguna huella,
sin penetrar tu barrera de indiferencia.

Tus ojos fríos me ahogan
en un mar del que no puedo salir,
imposible de nadar contra corriente,
sin dejarme un suspiro de aliento.

Los luceros de Buenos Aires, de Jazmín Ibáñez

Mientras mi juventud transcurre,
voy cosiendo la naturaleza contenida y vivaz.

Silencio, guardo calma ante la iglesia,
ante la murmuración,
ante el zumbido.

No quiero discutir más
pero el espectro del mundo insiste
en que salga, camine y vea
cómo todos estos habitantes de la misma sociedad
también desajustan su realidad.

Anhelo contarle mis sueños a un extraño
y no sufrir la triste resaca al hacerlo.
La travesía difícil se acerca, en silencio.

Todavía conservo el recuerdo
de la ebriedad integrada por las cosas perdidas,
me apego, tal vez sea hora de soltar la casa y recobrar su vida en un país imaginario.

A la vida le ofrezco que no espere nada de mí, sigo creciendo en los zapatos que pensé que podía llenar,
zapatos que no fueron hechos para iluminar
cada esquina de mis pasos por la capital.
Pero necesito saciar mi apetito de hacerlo.

Lo haré.
Lo haré.
Lo haré.
Lo haré.
Mientras el silencio transcurre,
algo de mi juventud cree en mí.

La sombra del crecer, de Arantza Luz Meynet Tanco

Crecer es trepar por una cuerda invisible,
atada al cielo de un dios que no responde.
La infancia queda atrás, suave e imposible,
como un eco que el tiempo ya no esconde.

El cuerpo cambia, la voz se hace extraña,
el alma pregunta y nadie da razón.
El espejo devuelve una forma que engaña,
y el mundo exige sin compasión.

A veces quisiera volver al refugio pequeño,
donde el miedo era un monstruo bajo la cama,
donde un abrazo bastaba de dueño,
y el futuro era sólo un cuento con trama.

Pero ahora el futuro es un abismo con dientes,
un mar que no tiene ni norte ni fin.
Las promesas son armas entre dientes,
y ser valiente es no dejar de sentir.

La adolescencia es guerra, es fuego, es caída,

es saber que lo fácil ya no va a volver.
Es reír con la herida recién abierta,
y soñar, aunque duela crecer.

Me asusta el mañana, me pesa el presente,
pero hay algo en mí que quiere intentar.
Tal vez sea locura o sed persistente,
pero seguir caminando… es empezar a volar.

Porque, aunque el dolor quiera ser mi maestro,
aunque a veces me hunda sin querer,
sé que en esta sombra nace lo nuestro:
la fuerza brutal de aprender a ser.

Entre el fuego y la flor, de Arantza Luz Meynet Tanco

Esperé la adolescencia como se espera un eclipse,
creyendo que sería sombra o revelación,
y fue ambas: un caos con brillo en los bordes,
un incendio sagrado dentro del corazón.

Amar se volvió un juego cruel y celestial,
un laberinto donde duele y también se vuela,
donde un “te amo” puede ser puñal o estrella,
y sin embargo, uno sigue... porque anhela.

En medio de amigos, risas y noches sin final,
descubrí que ser yo es un acto de valentía.
Que aunque esta etapa confunda y duela,
también me regala belleza cada día.

No hay mapa para el alma adolescente,
solo preguntas envueltas en fuego y en piel.
Pero si esto es crecer, aunque a veces lamente,
me abrazo al vértigo: es mi forma de ser fiel.

Brisa-Esos Días, de Isaiah Luque

Brisa amorosa, brisa paciente, brisa gentil.
Iluminas vidas si el sol te acompaña.
Ya es de todos tu sonrisa el habla.

Esos días de verano, esos días de calor
cuando el ardor sea una tortura,
te van a extrañar.

Extrañarán tu voz y tu suavidad,
más tus caricias no desaparecerán.
Esos días llorarán en silencio.
Creerán que sus lágrimas no estarás para secar.

No temas irte esos días de otoño, esos días de humedad
cuando el rojo aceche en las hojas que debes hacer volar.

¿Fuiste acaso egoísta por amarte de verdad?
A nadie estás dejando solo, a nadie estás dejando atrás.
Con una diferente mirada ahora sabes que renacerás.

Y cuando despiertes puede ser que encuentres
que incluso con otro nombre, incluso con otro color,
incluso esos días
tu mundo quiera darte su amor.

Solo quiero emborracharme, Joaquín Bautista Franco

Salgo de casa esta noche preparado pa' la farra
me calce mis mejores pilchas, y me eché el más dulce olor
pero les aviso amigos que esta noche es diferente
no me interesan las minas, el baile ni el chamuyo.
Yo solo quiero olvidarla, y otra manera no encuentro
que ahogando mis tristes penas entre vasos de licor

muchachos, esta noche yo quiero emborracharme
pa' olvidarme del dolor, que me dejó aquel amor
que no era mío, dejándome solo el frío
que trato de calentar entre vasos de champagne
por eso amigos, si esta noche me emborracho
no se extrañen que ande vagando
y encontrarme, llorando, siempre igual
tirado en un nuevo zaguán

y por más de que el licor pueda aliviar las penas
son penas que por nada del mundo podré olvidar
son esas, tan amargas, heridas que no cierran
los vasos este hueco ya no pueden llenar
el hueco hondo y frío que tu amor me ha dejado
y que solo espero llenen las delicias de otro amor
entre tanto yo lo espere, este intentare olvidar
y no encuentro otra manera, compañeros, que tomar

por eso es que esta noche yo quiero emborracharme
pa olvidarme del amor, de aquel amor traidor
que fue al olvido, y que me dejo vacío
sin más consuelo que ustedes, mis amigos, y el licor
por eso muchachos, si esta noche me emborracho
no, me busquen, ni anden llamando
solo déjenme morir
con el amor que no fue

El alma no llora en soledad, de Catalina Cejas

Y dime:
¿Quién va a estar ahí cuando nadie vino?
¿Quién va a ser quien corra a rescatarme?
¿Quién va a ser la que huya de su dolor
solo para salvarme a mí?
Dime, ¿qué haré cuando tú ya no estés?…
Cuando mi sombra se detenga,
cuando mis pies se planten en el suelo
—en la triste realidad—,
¿qué haré de mí cuando tu sombra desaparezca?

* * *

La sensación de mis pies adormilados
sobre el piso áspero, frío.
Las lágrimas humedeciendo
lo que alguna vez
tu cuerpo protegió.
El silencio abrumador que abraza mi miedo.
…
El silencio de la habitación.
Los sollozos cercanos del dolor que dejaste atrás,
las quejas de tu huida.
El abrazo que nunca me dieron,
las lágrimas contenidas tras el vacío.
¿Qué será de mi cuerpo sin huesos,
sin sostenerse de tus costillas?

* * *

Los pies, plantados en el suelo
—inmóviles—,
echaron raíces tras no saber
cómo alivianarse.
Como si doliera menos evitarte.
Como si fuera menos doloroso recordarte
que volver a buscar tu sombra.
Como si mis raíces,
con el tiempo,
no den vida.

No me gustan los perros, Yazmín Duré

Conocí a muchos perros.
La mayoría eran desagradables,
La mayoría eran brutos.
La mayoría eran crueles.
La mayoría me rogaron abrazarlos mientras sollozaban,
y me arrancaron la mejilla cuando me acerqué lo suficiente.
La mayoría mordían,
y la mayoría dejaron rastro de ello en mis venas.
Algunos fueron amables.
Algunos me limpiaron las lágrimas
cuando intentaba borrar las marcas de mordidas.
Algunos me abrazaron,
me desearon lo mejor
y me vieron llegar sana y salva a casa.
Algunos me dijeron que tenga cuidado con otros perros.
Algunos no eran lo que yo necesitaba,
y para algunos estuve muy manchada
para abrazarlos cuando lloraban,

pero agradecieron mi tiempo y partimos caminos.
Algunos eran leales.
Algunos eran educados.
Algunos eran amados.
Algunos se extrañan.
Pero siguen siendo
perros,
y esos sólo eran algunos.
La mayoría de los perros muerden.
La mayoría de perros me mordieron.
Porque los perros muerden.
Incluso los perros amables muerden.
Todavía me cruzo de vereda
cuando veo un perro.

No me gustan los perros.

Lágrimas banales de un alma joven, Tanía Gómez

Tengo miedo que algún día puedan ver lo frágil que soy,
desnudarme de esa manera
sería sacarme el chaleco para esperar la bala.

Como la terquedad es mi fiel compañía,
aún sigo con vida.

Me destruyó en mis pensamientos,
lo que causa mis tormentas.

Mi cuerpo lamentable víctima en todo esto,
soporta día a día el martirio de mi inestabilidad.
También le nació una coraza
llamada "Frialdad."

Tristeza juvenil me acompaña
en mis huracanes emocionales.

Me agobio hasta con mis escritos.
Me ahogo hasta sin mares,
solo con gotas de lágrimas banales.

No sirven nada,
solo salen de mí,
para purificar mi alma
en medio de una torrentada

Soneto de adiós al joven vuelo, de Jazmín Ibáñez

En el claro sol juntos volábamos,
veía sus plumas tempranas desenlazarse en libre clamor, tejiendo en el alba un latir de devoción, nuestro canto ardiendo en un alegre momento.

Mas el joven amigo, que libre surcaba, cayó bajo el peso de un cruel azar, su risa en la brisa dejó de sonar y las ramas de nuestro hogar se convirtieron en el templo donde siempre voy a llorar.

¡Oh, pájaro tan lleno de vida! Tu voz en el cielo se apaga y me hiere, mis alas temblorosas nunca más se han movido desde tu ausencia.

El viento, testigo de nuestras sombras
sabe que estoy vencido,
sin ti la naturaleza me clava su daga,
el bosque es un lamento que hace eco y se pierde.

Mientras todas las aves duermen, yo te canto esperando que algún día regreses.

Una gansa desnuda, de Lucio B.C

Una gansa espera a su esposo,
desnuda en su cálido reposo.
Sin noticias salió a buscar
a su amante bello, entre ramas
voló entre los follajes,
por los ríos cruzó su reflejo,
voló a lo lejos.
Alienada revoloteó la cabeza
de un mago, este desequilibrando
su mente, dirigió sus palabras a ella
fuertemente:
-Encarnarás una piel distinta,
nunca volarás los cielos, y no saborearas
sus ojos de caramelo-
en instantes, cayó abrazando el suelo,
una luz salía de su cuerpo, sus plumas
ante la magia cedían, su carne se agrandaba,
con sus alas tanteaba su pico, este se achicaba
y ya era humana.

Respiro inalcanzable, de Brisa Alejandro

En el abarrotado entorno,
ella se siente pequeña,
incapaz de conectar.

Su cuerpo transformado en una carga sin sentido.
Cada palabra que pronuncia,
un suplicio lleno de temor y ansiedad.

Su mente se nubla en un mar de incertidumbre,
cada segundo en silencio es un alivio.
La presión de una buena actuación la agota,
se siente un títere preso del pánico.

Muchas miradas,
muchas risas,
muchos murmullos inexistentes en cada paso.

Su mirada se pierde en el suelo,
anhelando aquello que quizás
está a un suspiro de lograr.

Nacer, crecer, morir, de Arantza Luz Meynet Tanco

Nacer es abrir un ojo al vasto abismo,
un suspiro fresco en el oscuro metal,
crecer es luchar en el incierto lirismo,
una danza rota hacia un final fatal.

El niño que sueña con mundos infinitos,
el joven que busca la verdad sin final,
la muerte acecha, silencio en gritos,
la vida es un ciclo, un oscuro ritual.

Crecer duele, la piel se vuelve armadura,
los sueños pesan, la luz se vuelve gris,
cada paso es una lenta fractura,
en el sendero donde se es feliz.

Morir es volver al eco del principio,
un regreso al polvo, un ser sin voz,
la vida es un breve y cruel precipicio,
un viaje sin rumbo, temido adiós.

Cicatrices, de Martina Ferreiro

A los quince,
vagué por camino de pozos,
mundo de mala suerte,
tiempo de familia herida.

Dormí sobre el fuego, aguanté.
Un día me quemé,
más nunca el fuego reflejó
la herida marcada en la piel.

Me quedé durmiendo en el incendio,
fui corriendo hacia ese sol;
mi pecho ardía como si fuera un adiós.

Traté de buscar ayuda en sus miradas,
pero no ardían como yo.
Me dieron un par de pastillas,
tal vez me hagan sentir mejor.

Quise volver a nacer,
no por atención, ni por drama.
solo quería escapar de la hoguera,
de la mala fama.

Volví a despertar,
con cicatrices en la piel.
Por más que las odie, tarde o temprano, en ellas me encontré.

Veo tus ojos ardiendo,
llorando, sufriendo.
No hizo falta más que mirarte una vez.

Espero que encontremos un río,
que nos sane de una vez.

Me niego a creer que todo termina ahí, de Tanía Gómez

¿A dónde huyes?
Si todo es abismo
No busques nada
porque empezó la peor etapa.
Estás caminando para ser… ¿quién?
Un esclavo más de la rutina,
un olvidado de sueños,
alguien robótico sin sentimientos.
¿Por qué últimamente sólo veo eso en los que crecieron?
Se vuelven más amargados,
insensibles.
Con sus golpes tratan de fingir que solo son "las cosas de la vida",
pero hasta la Vida desconfía.
Me niego a creer que todo termina ahí,
en la gente que tiene el corazón de piedra
y los ojos con vendas,
que no pueden ver la realidad de los que los rodean.
Me da tanta pena que anden vagando
sin alma ni sentimiento, paseando
Pero YO, recluta de mi propia cárcel,
no voy a ser recluta de otra prisión más.
Si alguna vez me cansé de luchar,
es mentira.
Solo significa qué dejé de respirar.

La Jaula, de Isaiah Luque

Me seduce la melancolía.
Me abraza por la espalda
y acaricia mi pecho;
la jaula de mi corazón.

Lo vuelve pesado
pero lo hace latir.
La siento golpear, golpear,
llamar, llamar.
Yo le abro la puerta.

Es mi más cruel
y más vieja compañera.
No tengo a qué temer,
ya nos conocemos.

2005, de Jazmín Ibáñez

Todavía en pérdida,

me sigo engendrando muerta.

Se me forman los pulmones

a la misma altura de la compasión recibida, talla pequeña.

Ya estoy rendida de las bailarinas absolutas,

que encorvan su espalda y saben

mecer su cuerpo a la música,

que contienen los ojos de su audiencia.

Todo lo que yo aprendí es

ponerme unas mejillas, unos labios

unas pestañas, un vestido negro

y luego quitármelo.

Estas lupas pintadas a mi mano de marrón

que me destapan el mundo descarnado

solo sé quererlas de verdad

porque solo sé perdurar oculta en ellas.

El ente solicitado no arriba,

constantemente suspirando fuerte

ante el remitente.

Ojalá se me abriera así de rápido la puerta para mí,

pero hasta el momento sigo ejecutando

la dolorosa torsión de las manos

para que las llaves se efectúen

en la cerradura.

Ya no hablo conmigo misma,

ya no me trató como una adolescente,

me evoco como una mujer que se acomoda sus prendas

con prisa en una habitación vacía.

Regreso a mi cirugía constante por la medianoche,

dónde cambio todas las formas de mis huesos

para no sentirme tan pequeña en todo el esquema existencial.

La noche se despide.

Se que debo

solo conceder primacía a lo que naturalmente conservo,

entonces intento tocar una guitarra invisible solo para mí

y cantarle a mi propio espíritu para dormir al fin.

A veces recuerdo

Que aún sigo naciendo...

No hacen tanto ruido, de Tanía Gómez

Tenemos tan sensible el vivir,
que nos desestabilizan los muertos-vivientes.
Tan desprotegidos solo porque "seremos adultos".
Tan valientes para el porvenir,
pues somos jóvenes,
somos límites andantes...

No soportamos un “no”,
insensibles a las reglas
y respeto ante todo el resto.

Humanos,
jóvenes,
que escuchan que los demás
“No hacen ruido".
¡Sí, así somos!
Irónicos,
melancólicos,
nostálgicos,
rencorosos,
pero sobre todo,
amorosos.

Encuentro, de Isaiah Luque

Te encuentro en el dulce soplar del viento.
Ahí te encuentro,
en aquel rayo de sol que, perseverante,
intenta alcanzar mi piel.

Encuentro tus ojos cuando busco en el espejo.
Seguís ahí, incluso cuando se renueva el reflejo.
Que coraje el tuyo, pienso,
cuando en tu acto de amor
por fin me encuentro.

Última cuna, de Chiara Kreder

Escucho, entre laberintos,
el silbido incapaz de nombrar la positividad,
perdido entre enredaderas de brisa, su aliento.
Mi duelo.

A veces, y no pocas,
me abandono en los labios
de la brisa furtiva.

Me cuelgo, enredada,
sobre las hojas del laurel,
y expolio mi cutis
con las ásperas espinas
de un palo borracho
Mi dulce rostro raspado.

Mi mente resuena
en la imposibilidad de hallar una cuna que arrope
Mi fiebre sin calma.
Solo turbiedad.
Sangre coagulada,
seca, muda,
sin una gota que quiera caer.

Y mi corazón, candelabro,
Ya no quiere latir,
está amordazado
No sabe morir.

Retumban los sonidos
y varios nervios
se estrangulan entre sí
sin tregua,
moviendo ese candelabro sangrante
a un grito forzado
de muerte incesante.

Mi cuerpo: un templo sagrado un santuario de ruinas de piel,
abierto a las flores volátiles,
a los mayordomos del mal
que entran,
usan,
y vuelan perdiéndose entre nieblas de memoria.

Ese vestido rojo de volados de encaje de primavera,
que cualquier mujercita soñaría lucir,
Está sepultado entre polvo.
Nunca más volverá a ver la luz su relucir carmesí

Quisiera no hallarme
encerrada entre las arenas de un reloj,
en mi húmeda pieza
donde nadie entra,
salvo el sudor
y el hedor que en pena
que se deslizan por mis poros, se desprende mi piel
de desesperación e incertidumbre.

A veces, y no pocas,
me clavé miles de amores
Miles de nombres
entre estas manos
Con sus bordes inseguras temblando,
incapaces de soltar
al abismo.

Una colección,
Un museo de ausencias
de gente perdida, sin color
tan bellamente muerta,
tan marchita,
sin expresión,
sin alegría.

Y otra vez
te esperé, inmutable
Hundida y acostada,
derretida
entre sábanas más pesadas
que mi propio cuerpo,
sola, sin abrigo,
mil ropas no son suficientes no para la carne en desvelo.

Simplemente sola,
Y así
sin comer
Sin sentir
Sin tocar
Sin bailar
Sin reír
Sin respirar
Sin comprender...

Solo el eco de frío
De un canto final
mi madre susurra
una cuna mortal.
Una última cuna…
Donde volveré a caer,
Morar en la sombra...
Para ya no volver.

Ten un gran día, de Zahira Amira Jancko Medrano

Para ti, que gracias a tu presencia
mis días son grandes y agitados,
mis sentimientos cálidos y sinceros,
mi dolor se disipa, despierto en un mundo claro y renovado.

Gracias a ti, espero sientas lo mismo,
una esponjosa brisa calurosa, llena de colores que te hechizan, mi amor.
Ten un gran día.

—

dieciséis, de Bautista Funes

es mi cumpleaños
y ya no la paso tan mal
como en aquellos momentos.
mi vida, poco a poco, va tomando forma
y se acerca a lo que siempre aspiré.
dicen que las cosas grandes se hacen de a pasos chicos,
aunque chico ya no soy
mas chico siempre me sentiré.
al verme en el reflejo del espejo
noto el cambio,
noto un motivo
y noto las ganas de seguir vivo,
no como hace un año,
donde solo quería hacerme daño
y escribir la carta en la que me expíe de todos mis pecados,
en la que solo pedía perdón, gritándole a la nada
para que me perdone, cuando realmente,
probablemente con el que debía disculparme, era conmigo mismo.
una vuelta más al sol me hizo recapacitar
que hablar no está mal, y que tan solo debía esperar

a que el mal se pudriese y me dejase en paz.
dieciséis vueltas al sol son suficientes
para darme cuenta de lo suficiente que soy
para satisfacer a los que yo elijo tener.
dieciséis años fueron suficientes para entender
que sí pertenezco a ciertos elencos
y que no necesariamente tengo que ser
el protagonista de una obra que no puedo comprender.
francamente, ya no ansío quitarme esto
y tal vez nunca volver a sentir el alivio
de estar sentado redactando este poema,
que al igual que yo, está vivo.

PARTE II
CUENTOS

Interminable, de Brisa Alejandro

—¿Cómo estuvo tu semana?

Fue la primera pregunta del día, de una persona tan ajena, pero a la vez tan cercana de mí.

—Bien, supongo…

En realidad, nunca sabía responder a esa pregunta. No era una mentira, no estaba afirmando nada, solo suponiendo sobre cómo debía ser todo. Solo se me venían a la mente esos susurros, esos suspiros frustrados, filtrándose a través de las finas paredes.

—No estoy segura.

Admití arrepentida de mi respuesta vaga bajo su mirada interrogatorio. Mi mirada se perdió en el ventanal, mirando los rayos cálidos del atardecer. Siempre esperé poder ser escuchada, pero mi boca decidió que no era momento de emitir ni un sonido.

Mi corazón se estrujaba en mi pecho, mis labios se presionaban entre sí en una fina línea. Incluso si hablara, solo se escucharía un tartamudeo atropellado por una cadena de emociones. Tarde o temprano me iba a dejar de negarme ser humana, de decirme que todo estaba bien, de decir “no” a otro un momento de silencio, un momento de dolor para saber cómo sanar. Mis ojos se cristalizaron e incluso con mis párpados cerrados, las lágrimas terminaron recorriendo mi rostro. Su mirada me entendía, me comprendía. Pronto sin tener control de mí misma, no la hice esperar más.

Lloré. Con fuerza. Lo dejé escapar todo. Mi vista nublada por mi angustia en forma de lágrimas, percibió su mano extendiéndose hacía mí, sosteniendo un pañuelo descartable. No dudé y lo tomé. El llanto fue relativamente corto, pero lo suficiente para expresarle mi semana sin palabras, una que antes mi voz no supo explicar, y en su lugar, mis ojos lo hicieron.

La hora finalmente llegó, me despedí esbozando una sonrisa con amabilidad.

—Que tengas buen fin de semana.

Dije por último, antes de irme a mi casa, reservando para la almohada todo aquello tan importante que tenía que decir, con las pestañas húmedas y la respiración pesada para la siguiente semana.
Hay cosas que el corazón sabe guardar, y otras que se le escapan (sobre todo a la madrugada).

El muelle de los deseos Azules, de Jazmin Ibañez

Después de la lluvia, la tarde en el mar se tornó fría y brumosa. Una niña de nueve años, espigada y taciturna, caminaba por la orilla con su impermeable azul. El viento aligeraba sus pasos, agitando su cabello castaño, corto y rizado. Solía dar aquellos largos paseos a menudo sin compañía. El clima ventoso se alzaba, la pequeña se enfrentaba con nubes de arena fina que obstaculizaban su vista. Con los ojos entrecerrados, distinguió a lo lejos un muelle y, resignada, se dirigió hacia él.

Al llegar, el muelle estaba vacío y sereno. Ni el huracán de arena, ni el rugido de las olas feroces perturbaban la musicalidad del silencio que la niña guardaba internamente en todos sus paseos. Parecía como si el muelle estaba encantado de una brisa suave que te despojaba de cualquier inquietud y desazón. Sonriendo, caminaba lentamente, aferrándose a las barandillas para observar el mar desde ahí arriba. Creaba espontáneas fantasías en su cabeza de que ella era la dueña, la reina de aquella playa, domando con su magia las olas desenfrenadas.

Pronto se cansó de aquel juego y fijó su mirada en las maderas gastadas, en el cielo gris, en preguntarse: ¿Por qué nadie enviaba un tierno niño para que jugara a su lado? El muelle y la pequeña tenían un rasgo en común y era que en los dos se delataba una vida solitaria. Mientras avanzaba, sintió nostalgia por las voces de los adultos, esos seres altos que caminan con pasos firmes, uniformes para el mismo sentido, entretejiendo palabras misteriosas que ella no entendía y se les imponía como un dogma para su vida.

Palabras sagaces que parecían atrapar el mundo y hacerlo suyo. También veía cómo otros niños abandonaban sus mundos mágicos, cómo sus rostros se endurecían. Sus impermeables, sus camisas, zapatos y hasta sus ojos, se gastaban con el tiempo. Pero ella, envuelta en el aire solemne del muelle, seguía guiando su andar, soñando con una sorpresa al final del muelle, donde lo vería todo.

Volvió a sus fantasías, pero ya no como reina, sino como madre del mar, con el muelle como su hogar. Sin notarlo, avanzaba adelante muy victoriosamente, sentía que ya no era lo demasiado frágil para agarrar el saco que le tendía el propio muelle para protegerse y ampararse una vez que vuelva al aire ventoso. En ella se engendró un amor de progenitora por el muelle. Con un placer alegre, se movía y trepaba con fuerza las barandillas. Pero las maderas, viejas y frágiles, no la sostuvieron; se quebraron con un crujido seco. Su amor maternal estalló en un grito de pánico y miedo profundo. Por suerte, no cayó al agua; los bloques del muelle amortiguaron el golpe. No sangró, pero un pequeño moretón marcó su pierna. Aun así, lloró desconsolada y sollozo melancólicamente. Pasaron largos minutos antes de que, aún estremecida por el impacto, retomara el camino.

Andaba ahora perpleja, enfadada con el acontecimiento. Tal vez ahora le quedaba contar sus dedos o sus esperanzas por ser dueña de algo, o de alguien. Al llegar al final del muelle, se sentó y se quitó el impermeable azul. Su rostro era desolado, pero seguía complacida por dentro.

Perdonó al muelle y sintió gratitud por él. Al menos el moretón sería el legado de una aventura significativa. Contempló el mar, su inmensidad insondable y purificadora, un abismo que nada podía borrar. Solo allí las aves desplegaban y recogían sus alas.

La pequeña percibió con claridad la infinitud del mar, viéndolo como nunca lo había hecho antes. Imaginó que, en muchos años, conocería y pasearía por las tierras más allá de todo ese horizonte. Susurró para sí misma: «Algún día viviremos en nuestra casa en las colinas, donde las aves nunca vuelan solas»

La mariquita que entendió, de Chiara Kreder

Entre el frío tortuoso que se cuela por las cortinas de agua, hirviendo como si pudiera pelar la piel de un chancho, aparece una joven tímida frente al tiempo. Con las manos hinchadas y rojas por el calor, limpia su cabello castaño. Sus mechones se enredan entre los dedos y caen como retazos de estrés. Se detiene frente a la ventana.

Allí, sobre el vidrio empañado, surge un visitante inusual: su capa rojiza, salpicada de puntos oscuros y de patitas amarillas, camina con cautela por el borde del vidrio empañado. Iluminada la mariquita por la luz reflejante del sol de la mañana, brillaba de belleza y vida. En una esquinita del mismo vidrio, yace atrapado un insecto oscuro, seco y enredado en una telaraña: un cuerpo marchito, poco bello a la vista, como si su vida se hubiera arrebatado de la forma más injusta y cruel posible, quizás sin darse cuenta que caería en un engaño que le costaría su propia vida.

La mariquita, curiosa pero sin espanto, saluda al cuerpo inerte. En un gesto casi instintivo, levanta sus patitas para inspeccionarlo. Sabe, aunque no pueda pensarlo como los seres humanos, que incluso lo más vivo y bello se marchita, que ella misma no es la excepción de que esto pasase en algún momento. Entiende, quizás, que todo acaba. Que todo se lo lleva el tiempo, de las formas más inoportunas.

Sin más, continúa su camino hacia la ventanilla entreabierta, siguiendo la luz que irradiaba el sol, pues la mariquita no teme al paso del tiempo.

Se escapa con su capa roja entre el aire frío del otoño, dispuesta a rondar los alrededores y a ser uno con la vida sin miedo a que el tiempo la sobrepase. Dicen que ellas no poseen conciencia de la muerte, pero poseen el valor de seguir la luz del presente. Tan chiquita sin poder percibirse, siguió su destino eterno y frágil, y se esfumó.

La joven, mientras tanto, entiende también. La sencillez de lo cotidiano, el sabor único de las cosas pequeñas que nutren el día a día. Eso, pensó, es lo que tiene valor: su cabello se desliza entre sus dedos mientras su vida pasa. Su auto percepción de ser un insecto oscuro y poco bello amenaza con consumirla. Pero se detiene. Se pregunta cuánto provecho ha dado a su existencia. Y, en ese instante, decide volar. Con su capa invisible, mágica, decide explorar más allá del engaño de su propio pensar. "Siento mi piel, el calor, los colores, la vida. Estoy viva", repite en su mente. "Soy mortal", dijo. Se envolvió en su toalla, lista para salir de ese lugar y volver a vivir bajo la luz de un día sencillo más.

Ausencias, de Ludmila Contreras Pizarro

—Te quiero.

Me dijo esa tarde de otoño. Bebíamos un café mientras conversábamos, o más bien ella hablaba mientras yo miraba como las hojas rojizas se destilaban de su paisaje con gracia sobre el gris de los adoquines.

—¿Me escuchaste?
—Sí, te escuché.

¿Pero qué se supone que diga?¿Qué debo hacer o decir cuando no correspondo el dulce sentimiento? Me pregunto entonces cuándo he correspondido algo como eso. Despegué mi mirada del exterior qué admiraba con melancolía para observar el café que revolví con dejadez y el pucho entre mis dedos. Le di un sorbo, pero estaba frío.

—¿Entonces…?

Su voz nerviosa buscaba respuesta con esperanza. Su cabeza se movió para buscar mis ojos perdidos. Levanté la vista encontrando la suya. ¿Qué debía responder? La densidad de la situación oprimía mi pecho, el transcurso pesado de los minutos, el silencio pinchando mi piel como el frío. Se abrió a mí, mostró su corazón manchando sus manos cuando yo no podía manchar las mías. Sus ojos lo comprendieron primero. Sus hombros le siguieron después. Su cuerpo se alejó un poco más de la mesa, de mi. Buscó el calor y lo único que fui capaz de entregarle fue un frío profundo,

y aunque fue sin querer, la vi morir un poco. Hundió la mirada negra en su propia taza.

—Perdón. En realidad me gustaría corresponderte.

El viento de la tarde sopló con la firmeza necesaria para levantar el toldo sobre nuestras cabezas. Para ocultar su rostro entre sus rizos. Y antes de que este parase, tomó sus cosas y se levantó, casi yéndose con la brisa, susurrando el último adiós.

En realidad entendía su angustia, su dolor. ¿Cuántos últimos encuentros había yo vivido por no corresponder, por no sentir, por ser casi indolente? Y sin embargo, ¿cuántas personas habían entendido que no mentía al desear experimentar aquello tan preciado y puro? Mi corazón se hacía cada vez más pequeño. Sobre todo en aquellas noches en las que me despertaba deseosa de aquel calor, sudando mis lágrimas, revolcándome con ansiedad en mi propia cama; anhelando la compañía de otro ser vivo por el cual manchar la plenitud de mi ser. Pero solo me llenaba con preguntas.

¿Cómo era sentirse así?
¿Qué debía cambiar para sentirme así?
¿Debería corresponder igual?
¿Debía fingir…?

Se revolvían mis entrañas en aquella querencia imposible. El ferviente anhelo calentaba mi interior hasta que mi piel se sentía fría y ajena. Porque, al final, yo quería lo mismo.

—Qué envidia… —dije para mi misma, llevándome el pucho a mis labios agrietados antes de aplastarlo en el cenicero.

Entonces, volví mi mirada a los adoquines, a los árboles rojizos, a las hojas muertas, a las personas, a la vida de la cual me sentía tan ajena.

Ongamira, de Abril Müller

En el cerro Uritorco se esconde un destino místico. ¿Ven ese hueco de allá? Se dice que cruzando el cerro hay una ciudad secreta, Ongamira. Leyendas las hay en todas partes, esta es la de Córdoba. Solo el elegido la puede observar. - Dijo el conductor del micro, vaya a saber hace cuántos años. -La leyenda sostiene que las horas para el elegido serán infinitas y el más próximo en aguantar conocerá la ciudad perdida.

Obsesionarme con Ongamira fue poco, mi mente no dejaba de torturarme con ese tema día y noche; siesta y madrugada de insomnio. Predecía que la ciudad discreta de Ongamira me llamaba, ¡yo soy su elegida! En mis sueños alertaba. Qué iba a hacer en la vida si no era lograr divisarla.

Contraté a Santi, el guía del tour. Joven aficionado, con acento cordobés marcado y ojos verdes como la naturaleza que rodeaba. Lo conocí anteriormente en un viaje y para convencerlo, le dije: Vamos a Ongamira, pero júrame que además de guía serás mi cuida. Esta es una expedición que nos repercute a ambos. Esta será nuestra razón por la cual ver la vida con ojos buenos incontables veces. - Y él se reía e imitaba mis grandes ojos y mis murmuraciones elocuentes en tanto el cerro pisaba.

Las energías se fueron desgastando entre los chistes y la imaginación. De las noches, que alertaban, como los zorros cuando nos acercábamos a ellos, descendían sin cesar las pequeñas piedras y nuestras rodillas temblaban. En una falsa oscuridad de lámpara luna me quedaba observando los ojos de Santi y al paso, rezaba.

La tempestad del viento arañaba los surcos de los ojos. Y Allá, bien arriba, campo verde encarando al cielo solo observaba. No sé cuántas veces me detuve en los ojos del Santi en las noches silvestres. Cuántas veces rezongamos y nos odiamos profundamente.

Al llegar hacia la copa con sensación de agua de desierto… Nada. Pero el cielo era un conjunto de faros blancos, tan blancos, como nuestra piel palidecida. Ahí sentí que las estrellas nos murmuraban y entendía. ¡Allá arriba está Ongamira! Allá arriba, es la ciudad del cielo. Pero el mundo me deparaba un destino en la aldea. No bastó con sólo verla. Me volví parte inacabable.

Un fuerte rayo brotó electrizándome el cuerpo. Un dolor inmenso, perverso, digno de la crueldad innegable de la naturaleza. Olí a quemado y el Santi saltó rodando boca abajo con los miles de piedritas. Grité hasta que mi garganta tomó forma de rayo. Grité hasta convertirme en semihumana.

Abrí mis ojos ya inexistentes y no era más que una voluminosidad de forma humana intacta. Brillaba a kilómetros como poseyendo toneladas de estrellas. No me dolió más, e inefablemente mi cuerpo fluyó en un océano de vía láctea ubicado en tierra, sensación otorgada por pasos tan leves que siquiera son pasos como tal. Mi mano se elevó y mis cinco dedos tintinearon. Ongamira me susurró un verso elevado. Nadé, Fluí, me vinculé en cruce de tierra y cielo, muerte y vida; tercer elemento medio entre estos ambos contextos, y terminé arrodillada junto al cuerpo machacado de Santiago.

Su mirada orbitó y su boca pegó un alarido de espanto, destellaba en su iris mi resplandor de faro. Ongamira me ayudó. El hombre de ojos verdes alzó su dedo índice y todo mi destello trascendió de igual forma hacia él; desde la punta de sus dedos, por su muñeca, por sus brazos, por su cuello, por su cabeza, lamenté en sus ojos, por su torso y sus piernas. Seres faros inacabables que confluyen en la tierra.

Han dicho por ahí que esas luces que se observan en la montaña no son más que las delanteras de los autos y micros que se encienden al realizar la curva de la ruta nacional 38, que así se reflejan sobre la cima del cerro Uritorco. Somos Santiago y yo, alumbrando el oscuro.

Cosas por limpiar, de Clara Barrera

Me digo a mí misma que todavía tengo cosas por limpiar.
Voy a tener que llegar a mi casa, dejar las llaves, sacarme las zapatillas y colgar la mochila. Voy a tener que caminar hasta el baño, soltarme el pelo y sacarme las cadenitas. Voy a tener que lavarme la cara y volver a hacerme un rodete, porque con la humedad me molesta con el pelo suelto. Voy a tener que salir del baño, ponerme el pijama. Voy a tener que buscar las pantuflas y ponérmelas antes de ir a la cocina. Voy a tener que abrir todas las ventanas para que se ventile, para que se vaya todo y así, comenzar a limpiar. Voy a tener que empezar con el baño, lo más difícil: cambiar las toallas sucias por limpias, hacer desaparecer hasta la última mancha y que las superficies queden brillantes, espléndidas. Para colmo, éste es azul, azul marino; cualquier detalle queda a la vista, prestado al juicio. Luego, voy a tener que salir del baño y proceder a armar la cama: primero las sábanas; luego las mantas—se viene el frío—; y, por último, el acolchado. Las plumas saldrán volando, por ende, voy a tener que barrer. Acto seguido, voy a tener que ordenar la sala. Ya sabes, enderezar los almohadones del sillón, pasarle un trapo con blem a la mesa de madera de roble, como las de antes. También a los estantes, siempre se llenan de polvo y es molesto, pues a esta altura del año me agarra cada alergia loca. Para no aburrirme, voy a tener que prender la radio.

Capaz, voy a tener que probar el CD que me prestó Valen el otro día. Capaz, el CD va a tener que gustarme. Voy a tener que bailar bajo el reflejo del sol que entra por la ventana, alzar los brazos, pretender que me sé la melodía, cada maldita melodía, y cerrar los ojos, mientras la casa, aún sucia, me espera. Voy a tener que dejar de bailar, porque voy a tener que lavar los platos, hundir las manos en el agua helada, ya que se rompió el termo. Voy a tener que secar un plato, un vaso, un tenedor y un cuchillo, y guardarlos en orden. Voy a tener que estirar el trapo arriba de la mesada, victorioso. Casi que voy a tener que terminar. Voy a tener que tomar el balde, llenarlo de agua y hacer un mejunje de lavandina y perfume para después mojar el trapo. Voy a tener que pasar el trapo. Voy a tener que empezar por la cocina, después por la sala, voy a tener que seguir por la habitación, hasta terminar en el baño. Voy a tener que colgar el trapo en el borde de la ventana para que se seque. Voy a tener que tomarme un tiempo para respirar. Voy a tener que mirar la hora: serán las seis de la tarde y habrán pasado solo quince minutos desde que llegué de la facultad. Habrán pasado, dije, y al mismo tiempo no pasó nada. Sigo en el bondi, parada. No encontré asiento. Voy a tener que animarme de alguna manera, pues mi día va a tener que seguir funcionando. Sin descanso. Con o sin mí, no importa. Simplemente voy a tener que.

PARTE III
PROSA

Así murió mi infancia, Tania Gómez

Un día solo desperté y mi ser ya no era igual. Mi voz era de una desconocida y mis emociones tan frágiles que ni siquiera las entendía. Mi tolerancia desapareció. También mis pensamientos puros se fueron, más sólo tenía una necesidad de explorar y sentirme libre de todo.

La Rebeldía me ha llamado, queriendo estar bien con Dios y con el Diablo, y me dejó con rituales y batallas internas de un ser camino a lo inesperado: la Juventud.

En mi presente solo pienso qué torpe he sido, qué imprudencia la mía y cuánta nostalgia le tengo a esos días. Quisiera poder regresar, juntar los pasos dados, y poder presenciar de nuevo la sensibilidad y lo humano.

Carta a un eterno joven, de Enzo Uzqueda

Querido joven:

Sé que tus roles cambiaron con el correr del tiempo. Supiste ser marcial en regimientos obligados al servicio. Supiste ser oprimido en dictaduras que escriben la historia—historia que merece ser recordada, más de lo que merece ser vivida— Supiste ser manifestante exigiendo tus derechos. Derechos, que perduran a lo largo de la historia de un país que nunca te olvida ni pretende hacerlo. Porque la juventud es voluntad, es intriga y es ingenio, es la chispa de rebeldía en un mundo que busca el control de todo menos de la injusticia. Así que querido joven, nunca lo olvides, no olvides que quien valora la quietud solo aprecia el silencio, aunque no valga la pena, no olvides que tus defectos y tus virtudes son lo que te define, así que querido joven nunca te olvides de ser joven.

Primer fuego, segunda llama, de Arantza Luz Meynet Tanco

En la adolescencia, ese territorio incierto y tormentoso, el primer amor llega como un fuego que al mismo tiempo quema y congela. Es confuso porque estás experimentando sensaciones que nunca antes habías sentido, emociones nuevas que te atrapan y a veces te desesperan. Quieres encontrar ese amor, o alguien que te ame, con una urgencia que asusta y fascina a la vez. Amar siendo joven es vivir una tormenta donde la calma se mezcla con el caos, caer y volar, perderse y a la vez encontrarse en medio de la confusión.

Ese amor parece eterno pero se esfuma en un relámpago; son promesas que se quiebran con el viento y deseos que se entrelazan con el miedo. Cada caricia puede ser un puñal que hiere o un escudo que protege. Es la cruel paradoja de crecer con el corazón abierto y la piel sensible, de querer con toda el alma y desconfiar del latido. Amar en la adolescencia es bailar en la frontera entre la luz y la sombra, aprendiendo que para amar realmente hay que perderse primero, con la esperanza de que, al final, ese extravío nos encuentre a nosotros mismos.

Y quizás, después de ese fuego primerizo, el segundo amor sea la llama que arde sin quemar, el refugio que no hiere, el destino que antes no supimos reconocer. Porque a veces, solo tras el caos inicial, podemos ver con claridad quién realmente merece nuestro corazón.

Carta lírica a otra mujer, de Jazmín Ibáñez

Ojos placidez de lago, ¿a qué hora se conmovió mi pecho al verte por primera vez? No lo sé. Solo sé que, desde entonces, mi dolencia mitiga su luz, y que no he tenido emociones absolutistas desde el momento en que descubrí tu alma.

¿Cómo podría privarme del resplandor de tu llegada?

No puedo impedirme admirar tu figura larga, dibujándose en el vano de mi puerta. Y yo, corro hacia vos y caigo—indefensa—en tus brazos.

Este estado es de sagrada prolongación, en mis cartas te lo muestro. Te escribo febril, porque la fiebre que desataste en mí no cede.

Me persigno y Rezo. Le pido a Dios tener el suficiente tacto para tocar tus artesanías, ser música lenta en la ruta más incierta y que no haya sido en vano esa firma que dejamos en la confianza. Vos hablas con las estrellas, como yo lo hago. Entonces pienso: que sabes los mismos secretos que yo también guardo.

Sin vos, cariño, me quedo sola, hablando conmigo misma en voz alta. Redescubro tus muertos, tus sueños, uno a uno y desmaquillo tu corazón con cuidado.

Nos desvelamos del anonimato. Te llamo por tu nombre con una tonalidad de pasión pura. Más allá de la desmesura que trae mi edad, nunca pensé en encontrarte aquí. Esto podría ser resurrección.

“Para siempre” es el engaño más dulce. Pero esto, podría ser Amor Invulnerable a la extinción.

La carga de los recuerdos, de Isabella Raffetto

Estoy siendo devorada por los recuerdos, recuerdos que me tiran de la cama por las noches y me llevan a lo más oscuro de mi mente. Ellos me miran por las noches mientras duermo, se sientan en los pies de la cama y lloran por mi regreso. Quieren que vaya con ellos. Este sentimiento de nostalgia me come desde dentro hasta lo más lejano de mi alma; no solos están de noche, pues están de día. A la mañana se esconden debajo de los muebles, las camas, detrás de los cuadros y están de día. Se sientan en los almuerzos de los domingos, me abrazan mientras trato de olvidarme, de olvidarme que ya no están, pero siguen estando, aquí, en la casa de noche y de día.

Un último adiós, Zahira Amira Jancko

Sara,

Ojalá puedas entender este texto. Quiero que sepas que te amé, te amo y te amaré por siempre. Muchas gracias por acompañarme tantos años y salvarme la vida. Jamás me imaginé que te pudieras ir hoy, mucho menos de esta manera. Por favor, perdón por no haber insistido más en ir a un buen veterinario. No merecías haber soportado tanto. Once horas me arrebataron lo más preciado en mi vida. Por favor, no tengas miedo. Mi corazón y consciencia aún no entienden bien que ya no estás. Ya no maúllas mis llegadas, no duermes en mí cama, no comes en tu platito ni juegas con mi pulsera de tejidos, tampoco con Lulu, tu hermana. Se desvanecieron las excusas para desayunar conmigo. No hay más piedras en el arenero, agua en el bebedero, y no más sorpresas mientras estoy durmiendo. Y aunque todo eso no suene real para mí, lo es. Es muy real.

Perdóname y gracias, por todo. Te amaré por siempre mi bebé. Mi Sara. Mi gordita, preciosa, linda, hermosa…

No existe el olvido si la memoria llama.
Llámame seguido y te aseguro que atenderé a la gatita más linda del mundo.

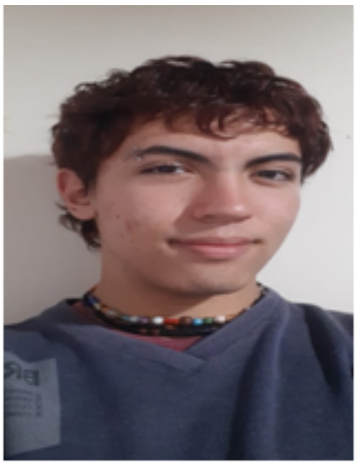
Ahora bien, me encuentro en negación. Estando enfermo y melancólico por intentar reprocharme únicamente por estar en un mal estado, que a su vez no justifica en nada mi accionar. Si bien podría sentarme y escribir acerca de todo esto sabiendo que quizás lograría alcanzar un rango mayor al que me prometo, solo me estaría volviendo a engañar tras darme cuenta de que la única limitante de mi progreso no es otro que yo mismo. Un hombre ruin que elige complacerse con lujurias carnales dañando a sus entornos.

Que en el fondo sabe que no es lo correcto, lo que no debería estar haciendo, pero como si de un Chorlito se tratase, me dejo llevar por mi torpeza y caigo nuevamente en el abismo del daño colateral hacia las personas que más me han querido. Así es cómo, damas y caballeros, se conforma el infeliz que vive dentro de mí.

Veladas tediosas, de Jazmín Ibáñez

La benigna lluvia conoce su propia temporada, me desaloja en una cafetería, sin periódico en mano, en un tiempo actualizado. Convivo observando a los seres sentados, pequeñas mujercitas,
pequeños hombres entregando sus vidas, noche y día. Sus propósitos se convierten en solo una fracción de este mundo. Mi mirada los ve atrapados en veladas tediosas, bajo luces opacas, dejando ir su resplandor dorado. Evoco entonces a mis fantasmas melancólicos, mudos y agitados, que me recuerdan mis propias luchas: grandes mañanas en calles cortadas, crisis dilatadas por largas cursadas universitarias. La nostalgia trae los nombres aún vivos de aquellos antiguos compañeros. Ninguna promesa terrena puede apaciguar esta vieja alma. Pero el cielo de ellos desborda tanto que cae en esta estación extrema donde estamos, todos postrados, aguardando que el mal tiempo pase de largo. Y, sin embargo, entre la espera, surgen estos seres frescos, yo he sido así también. El que fui antes, tan distinto al que hoy carga mis rodillas, mi espalda, mi pelo. Guardianes de causas, de cultura, de cuidado al otro, ellos aún tiñen de oro los más vastos sueños. Me perdonaré por rendirme, por mis días idénticos y mis estaciones breves. Pero ahora, al recordar mi rostro juvenil, sé que habría sido más feliz si hubiera pertenecido en está era de aquí.

PARTE IV
AUTORES



BAUTISTA FERRITO

Bautista Ferritto, tiene 16 años y nació en el Hospital Austral de Pilar un 14 de enero de 2009. Actualmente vive en Maschwitz y Loma Verde, en la provincia de Buenos Aires, y es estudiante secundario en la escuela Secundaria Dante Alighieri. Es integrante de una banda, escribe letras de canciones, y está agradecido con sus amigos, compañeros y familiares, quienes siempre están allí para felicitarlo y apoyarlo.

JAZMIN VALENTINA IBAÑEZ

Jazmín Valentina Ibañez nació el 15 de septiembre de 2005 en Buenos Aires, reside actualmente en Belén de Escobar y es estudiante de la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es parte del círculo de Jóvenes Escritores Presentes de Escobar, en dónde desarrolla y práctica con más frecuencia la escritura alrededor de grandes escritores. Su finalidad más resistente es seguir creando, leyendo y componiendo; textos contemporáneos, poemas, autoficción y aprender más sobre sus inclinaciones artísticas

CHIARA KREDER

Chiara Verónica Kreder nació en Belén de Escobar y tiene 18 años actualmente. Es estudiante de Técnica Química de la E.E.S.T N°1, pero su verdadera formación personal nació en otro lugar: en el arte. Es una persona sensible, intensa, con la necesidad urgente de transformar le duele, por eso actualmente conforma el círculo literario Jóvenes Escritores Presentes.

Su primer contacto con la escritura fue en la infancia, con un libro de terror hecho por ella y que le leía a su abuela, su primer y única espectadora. Años después, tras atravesar una profunda crisis emocional, encontró en las palabras un refugio y una forma de sanar y construirse de a poco. Escribió novelas como El Santo sobre las sierras y una obra de poesía, titulada Poemarios de lluvias de angustias, con el sueño de que algún día sean publicadas.

TANIA GÓMEZ

Su nombre es Tania Gómez, tiene 21 años, vive en Belén de Escobar. Nació en la provincia de Santa fe en un pueblo llamado "Villa Ana"

El arte siempre fue algo que la ayudó a gestionar mis emociones reprimidas.

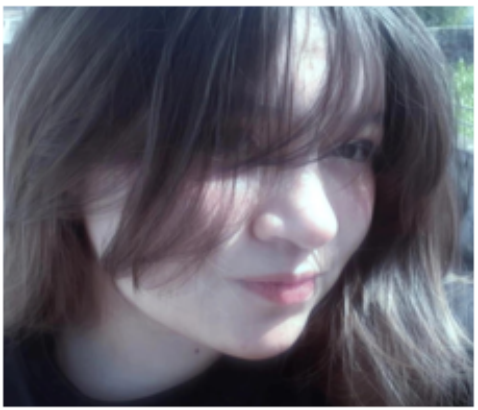
Su más grande deseo es poder vivir del arte que ella hace, (canciones,obras de teatro, cuadros) y que su nombre pueda tener un legado algún día.

BAUTISTA FUNES

Su nombre es Bautista Funes, un chico nacido en la capital el primero de noviembre de 2008. Actualmente está viviendo en la ciudad de Belén de Escobar en la provincia de Buenos Aires, donde también estudia y cursa su quinto año de secundaria en la escuela Dante Alighieri. Uno de sus mayores logros, el cual aún no está terminado, es sobre su extensa novela juvenil que aborda tanto romance como drama y un poco de suspenso. También está en proceso un poemario y otro gran libro, que espera que en un futuro no muy lejano pueda publicar y vender, llamado "Eclipse"; con una trama romántica, dos protagonistas y situado en su ciudad actual, este libro retrata la vida de dos adolescentes atravesando secuencias típicas de esa edad, con el principal enfoque amoroso entre ellos. En el año 2024, Bautista entró a un círculo literario que cambiaría su visión para la literatura; Jóvenes Escritores Presentes fue donde más aprendió a desarrollar tanto historias como personajes para sus libros.

JOAQUÍN FRANCO

Joaquin Bautista Franco nació el 14 de julio de 2008 en el partido de Pilar y actualmente reside en la localidad de Zelaya. Cursa el secundario en la Escuela Dante Alighieri, además de estudiar canto y piano en la escuela Arte Musas. Cantor de tangos por vocación, apenas se va iniciando en su carrera artística, aunque ya le esperan varias presentaciones; además de ser un poeta nutrido por los grandes letristas porteños, que actualmente forma parte del círculo Jóvenes Escritores Presentes.



ARANTZA LUZ MEYNET TANCO

Arantza Luz Meynet Tanco. Nacida el 15 de Febrero de 2009, Zárate, Buenos Aires. Actualmente habita en Escobar, Buenos Aires. Estudiante de secundaria, asiste al Colegio Preuniversitario de la UBA. En proceso de su libro propio, su meta es publicar variedad de sus escritos. Demuestra pasión por la Danzas Clásicas, Española y Folklore. Es dibujante, lectora, su escritor favorito es Friedrich Nietzsche, escritora mayormente de poesías, perteneciente a la SADE filial Escobar y al círculo literario Jóvenes Escritores Presentes

LUDMILA CONTRERAS PIZARRO

Ludmila Contreras Pizarro nació en el barrio de Flores el veintitrés de abril del 2006 en el lecho de una familia de artistas. A los seis meses ella y su familia se mudaron a una casa en Ingeniero Maschwitz, partido de Escobar, donde residen hasta el día de hoy. Su vida estuvo rodeada de artes, que inspiraron tanto su pasión por el dibujo como por la escritura.

Egresó de la escuela media Alicia Moreau de Justo en el año 2024 donde estuvo comprometida con sus estudios y formó parte del grupo Jóvenes y Memoria que le permitió escribir un monólogo para actuarlo ella misma en diversas circunstancias.

Actualmente, es parte del círculo literario Jóvenes Escritores Presente.

ABRIL MÜLLER

Abril Müller es una chica de 20 años que nació y vive en la localidad de Belén de Escobar, en Argentina, aunque a veces cree que su hogar está en todas partes y otras cree que no está en ninguna parte y la invade la esperanza de encontrarlo. Respecto a sus hábitos, escribe de vez en cuando, sobre todo cuando piensa demasiado en las cosas simples. Se presentó en Recitales Poéticos un 12 de diciembre y es parte del círculo Jóvenes Escritores Presentes. A su vez, estudia en el profesorado de Lengua y Literatura, en el Instituto Luis Alberto Spinetta. Ambiciones respecto a la escritura no tiene muchas. Tan solo sabe que escribir le da calma

BRISA JAZMIN ALEJANDRO

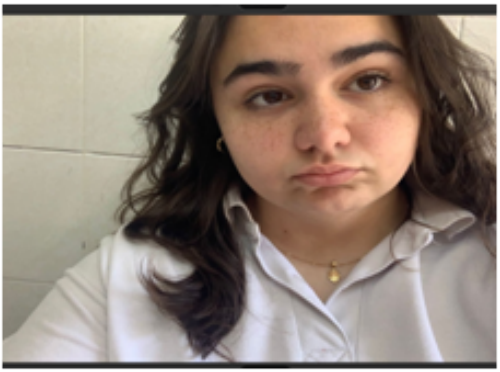
Brisa Jazmín Alejandro nació el 25 de septiembre de 2009 en la localidad de Belén de Escobar, donde reside actualmente. Es estudiante de nivel secundario y participa activamente en el círculo literario Jóvenes Escritores Presentes, espacio en el que desarrolla y comparte su interés por la escritura. Desde temprana edad ha sentido un profundo interés por la escritura y la música, que considera herramientas fundamentales para expresar sus emociones y vivencias. Además, ha desarrollado una marcada empatía y vocación por el acompañamiento respetuoso en momentos significativos de la vida. Por esta razón, proyecta su futuro profesional en el ámbito de la estética funeraria, disciplina a la que aspira dedicarse con compromiso, sensibilidad y respeto.

CATALINA CEJAS

Catalina Cejas nació el 15 de marzo de 2010, en Escobar. Es estudiante de nivel secundario. Escribe hace 3 años aproximadamente y busca hacer de su escritura algo constante. Le gustaría seguir aprendiendo nuevos conocimientos sobre la escritura y la literatura, ya que ambas cosas son muy significativas para ella. Es una amante de la poesía y la fantasía, aunque siempre está dispuesta a abrirse a nuevos géneros literarios.

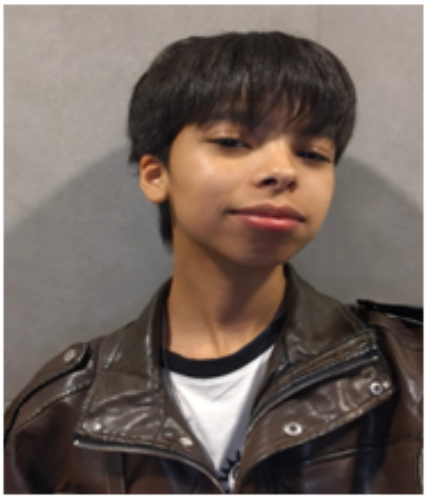
MARTINA FERREIRO

Martina Ferreiro nació el 3 de marzo de 2004. Actualmente vive en Matheu, partido de Escobar, Buenos Aires, donde nació, aunque también ha residido en Entre Ríos y Córdoba. Estudia Ciencias de la Educación y trabaja mientras cultiva sus pasiones: la escritura, la lectura y la cerámica. Desde su adolescencia, la escritura se convirtió en una herramienta fundamental para expresar y elaborar sus vivencias personales, especialmente los procesos relacionados con su salud mental. Estas experiencias son hoy fuente de inspiración para sus cuentos y poemas. Actualmente, se encuentra escribiendo su primer libro, en el que relata su paso por la adolescencia con honestidad y profundidad. Forma parte del círculo literario Jóvenes Escritores Presentes, donde comparte su amor por la palabra y continúa aprendiendo.



ISABELLA RAFFETTO

Isabella Raffetto, tiene 14 años y vive en Belén de Escobar. Escribe para liberar emociones que no conoce



ISAIAH LUQUE

Isaiah Luque, nacido el 19 de mayo de 2005 en Buenos Aires, es un participante del círculo literario Jóvenes Escritores Presentes. Actualmente forma parte de un profesorado de inglés con intenciones de ejercer la docencia, pero invierte gran parte de su tiempo en el mundo artístico, una de sus pasiones. Escribió varias obras de teatro cortas, cuentos y poemas a lo largo de su vida. Entre sus muchos objetivos y deseos se encuentra escribir un libro y publicarlo, aunque tener una sola persona interesada en sus historias sería más que suficiente.

LUCIO BARRIENTOS CÉSPEDES

Lucio Barrientos Céspedes, nació el 17 de septiembre de 2009, en Belén de Escobar. A los 14 años ingresó en el mundo de la poesía romántica y, más tarde, surrealista y simbolista. Es un seguidor de la poesía de Sylvia Plath, Anne Sexton y Alejandra Pizarnik y ha demostrado tener cariño al arte de escribir cartas.

ZAHIRA AMIRA JANCKO MEDRANO

Zahira Amira Jancko Medrano nació en Belén de Escobar el 10 de diciembre de 2009. Actualmente vive en Matheu y es estudiante de secundaria. Escribe desde los nueve años y su sueño es publicar libros de su autoría y vivir de eso. Ha participado anteriormente en concursos de escritura que solía realizar su escuela y ganó dos veces el primer lugar. Es parte del círculo literario Jóvenes Escritores Presentes.

YAZMÍN DURÉ

Yazmín Duré nació en Vicente López el 8 de abril de 2007. Actualmente vivo en Buenos Aires, Partido de Escobar, Matheu. Es estudiante terciaria, estudiando para ser profesora de inglés. Empezó a escribir en el 2020, en plena pandemia, porque tenía una cabeza muy chiquita para todo lo que quería imaginar. Era su forma de encontrarle un final feliz a todo lo que no le gustaba en una época donde parecía que todo iba para mal y peor. Hoy en día, se encuentra en el proceso de escribir dos novelas, que espera poder publicar algún día. Forma parte del círculo literario Jóvenes Escritores Presentes.

ENZO ANDRES UZQUEDA

Enzo Andres Uzqueda nació el 14 de abril de 2002, en la ciudad de Grand Bourg. Actualmente vivo en Maquinista Savio, perteneciente al Partido de Escobar, Buenos Aires. Es empleado de salud y estudiante de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ingresó al círculo literario Jóvenes Escritores Presentes en el año 2024 y, además de la escritura, también se dedica a hacer música. Está próximo a sacar su primer EP de estudio y quiere poder seguir creciendo como artista.

CLARA BARRERA

Clara Barrera nació el 31 de agosto de 2006 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Vivió largos años en Escobar, Provincia de Buenos Aires, y actualmente es vecina de la localidad de Loma Verde. Clara es estudiante universitaria en la Universidad Nacional de Artes (UNA), en Licenciatura en Artes de la Escritura. En el año 2023, fue ganadora del concurso literario "De Ana Frank a nuestros días", organizado por el Centro Ana Frank Argentina, y viajó a los Países Bajos y Alemania representando a Argentina y a Escobar. A su vez, en el año 2024 creó el círculo Jóvenes Escritores Presentes, que se da en la Casa de la Cultura de Escobar (Mitre 451), y hasta la fecha de hoy se hace cargo de su coordinación. A su vez, forma parte de la Red Iberoamericana de Jóvenes Ana Frank. Actualmente, dedica su tiempo a escribir poemas, cuentos y ensayos que anhela en un futuro publicar.

Índice

Demasiado poco	9
Quince	10
Joven, tu voz es fuerza	11
Pertenencia	12
El eco de lo no dicho	14
Los luceros de Buenos Aires	15
La sombra del crecer	17
Entre el fuego y la flor	19
Brisa -Esos días	20
Solo quiero emborracharme	21
El alma no llora en soledad	23
No, me gustan los perros	25
Lagrimas banales de un alma joven	27
Soneto de adios al joven vuelo	28
Una Ganza desnuda	29
Respiro inalcanzable	30
Nacer, crecer, morir	31
Cicatrices	32
Me niego a creer que todo termina ahi	34
La jaula	35
2005	36
No hacen tanto ruido	39
Encuentro	40
Última cuna,	41
Ten un gran día	44
Dieciséis	45
Interminable	49
El muelle de los deseos Azules	51
La mariquita que entendió	54
Ausencias	59
Ongamira	62
Cosas que limpiar	67
Asi murió mi infancia	68
Carta a un eterno joven	69
Primer Fuego, Segunda llama	70
Carta lirica otra mujer	72
La carga de los recuerdos	73
Un último adios	74
El infeliz que vive dentro de mi	75
Veladas tediosas	79
Autores	

Querido...

De nosotros para ustedes es más que un mensaje de revelación y ruptura. Es un diario abierto a rimas de distintos escritores, quienes expresan a través de las letras las adversidades a las que se enfrentan en el mundo: las perdidas y llegadas, lo que se dice y se guarda, lo que duele y sana. Con una variedad de cuentos, prosas y poemas, Jóvenes Escritores Presentes busca alzar las voces de jóvenes alrededor de los 14 y 22 años de edad con su primer antología publicada.

"Me vienen tantas cosas a la cabeza cuando estoy sola por las noches (...) Por eso, al final siempre vuelvo a mi diario: es mi punto de partida y mi destino. Le prometeré que, a pesar de todo, perseveraré."

-Ana Frank